

convención? ¿Es posible una captación racional de exigencias de justicia y de moralidad independientes del consenso dominante, que incluso puedan cambiar ese consenso dominante precisamente porque poseen una fuerza racional superior al consenso? No me cabe duda, desde una perspectiva sociológica, de que no habrá mejora en el derecho establecido –más aún en el caso del derecho legislado– si no precede alguna forma de construcción social de un arquetipo mejorado, o alguna forma de articulación cultural del ideal ético, capaz de influir al menos en los legisladores, jueces y otras personas responsables de la configuración empírica del derecho positivo. Sin embargo, esta evidencia sociológica deja abierta la cuestión del orden de los factores: el ideal o el principio (*e.g.*, la igualdad de las razas), ¿vale moralmente porque ha sido construido socialmente o, por el contrario, comienza a ser socialmente reconocido y construido –no sin dificultades y luchas– porque posee un valor racional de suyo?

En definitiva, la obra de Simmonds constituye, al nivel de la discusión anglosajona sobre el derecho, un refrescante recordatorio del carácter intrínsecamente ético del derecho positivo. Al nivel de la fundamentación del discurso ético mismo, en cambio, el autor reincide en el problema que denuncia: la incapacidad de la filosofía práctica contemporánea –las excepciones son pocas– de admitir una norma racional que se imponga a la autonomía de los seres humanos. Mas si una norma de ese tipo no existe –antes la agrupábamos bajo el rótulo de “la ley natural”–, estamos tan solamente ante un positivismo de dos niveles: ético y jurídico; un positivismo de dos velocidades, si se quiere, pero no tenemos razones definitivas ni suficientes para defender los ideales morales que ahora abrazamos por la fuerza del consenso.

El libro de Simmonds tiene la virtud de presentar el estado actual de la discusión en su ámbito académico y de analizar los diversos argumentos con un grado de precisión y de sutileza al que no estamos acostumbrados en los países latinos. Recomiendo sinceramente su lectura como valioso complemento de nuestras propias reflexiones y controversias sobre el derecho y la justicia.

*Cristóbal Orrego*

Robert SPAEMANN, *Ética, política y cristianismo* (trad. José María Barrio y Ricardo Barrio), Ediciones Palabra, Madrid, 2007.

Heredad del pensamiento postmoderno, la sociedad contemporánea se enfrenta a grandes retos ideológicos que han ido permeando el devenir no sólo po-

lítico sino también cultural de su forma de ser. Europa en particular, y el mundo en general tienen ante sí la tarea de reflexionar y replantearse los modelos culturales recientemente impuestos, que de una u otra manera siguen influyendo para esa nueva especie de definición de las instituciones sociales que en ocasiones han dejado de lado la tradición cultural del continente. Aquí el papel de los intelectuales cobra vital importancia para que, con sus reflexiones, redescubran la esencia de los valores que deben orientar a las sociedades y que muchos de estos han sido dejados de lado, pero no por ello han sido suprimidos.

Uno de los valores culturales históricos que no sólo ha caracterizado a Europa, sino que la ha definido y dado identidad propia, es sin lugar a dudas el cristianismo. Con una tradición de casi veinte siglos, el cristianismo echó raíces firmes en Europa y de ahí fue llevado a todo el mundo; sin embargo, en los últimos tiempos los valores que definieron desde antaño a este credo en Europa han entrado en una amplia contienda con numerosas ideologías que se abren paso en la sociedad y que en ciertas ocasiones han llegado incluso a opacarlos.

El filósofo alemán Robert Spaemann, quien ha sido profesor de las universidades Stuttgart, Heidelberg y Munich, conspicuo crítico y analista de la sociedad contemporánea, ha reflexionado sobre los temas torales que impactan a la cultura europea actual desde una mirada crítica objetiva y clara. Fruto de estas reflexiones es el libro *Ética, política y cristianismo* que reúne una serie de anteriores trabajos del profesor de Munich donde expresa con claridad sus puntos de vista sobre la sociedad actual y sus valores. Son dieciocho artículos sabiamente compilados por José María Barrio, que llevan al lector a analizar junto con Spaemann, cuál es no sólo el papel del cristiano en la sociedad actual, sino el papel del ciudadano cotidiano independientemente de su confesión religiosa. Temas como la labor del cristianismo y sus creyentes, la cultura europea, la política y su vocación ética, la ciencia, sus avances y sus peligros, son tocados con increíble rigor objetivo en los que Spaemann hace gala de su talante intelectual mostrando un alegato prudente por el redescubrimiento de los valores cristianos, y dejando ver cuáles son las causas y las posibles respuestas a la vertiginosa crisis de valores que actualmente experimenta Europa y el resto del mundo.

Así, el primer artículo denominado "*Sobre la situación actual del cristianismo*" (p. 13) describe panorámicamente el hilo conductor de la temática central del libro. Este trabajo es fruto de una entrevista realizada a Spaemann por la revista *Herderkorrespondenz*, donde el filósofo alemán responde con claridad a los puntuales cuestionamientos que sobre este credo subsisten en la sociedad actual y responde efectivamente afirmando que el cristianismo tiene no sólo vigencia y actualidad, sino realmente futuro, que no es un credo de restricciones personales sino de plenas libertades y que en el seno de la Iglesia la principal preocupación es la búsqueda por el respeto de los derechos fundamentales de

los hombres. Spaemann analiza cuáles han sido las principales problemáticas a las que el cristianismo se ha enfrentado y valientemente reflexiona también sobre cuáles han sido los errores cometidos y cómo se han enfrentado desde la Iglesia a ellos, pero sobretudo, destaca la importancia del papel de los laicos quienes, guiados por el aspecto ético de su actuación tienen la tarea primordial de construir la sociedad actual. De este último punto derivan en gran medida los ejes temáticos de los siguientes trabajos aquí reunidos.

En efecto, es de destacar el tercer trabajo compilado, cuyo título da nombre al libro que ahora comentamos, "*Ética, política y cristianismo*" (p. 59), entrevista publicada en la revista *Politische Studien*, donde el autor comienza reflexionando acerca del fenómeno del globalización y sus múltiples consecuencias, sobretudo sociales, y hace un análisis crítico en torno a esta nueva tendencia de construir una "ética mundial" en la que Spaemann no ve conveniente dirigirse hacia esa nueva faceta, sino más bien rescatar la tradición clásica que ya desde Aristóteles había dado una respuesta a los problemas actuales y que el cristianismo se encargó de fomentarlos, planteándose en sus postulados los ejes torales de toda sociedad, a saber, qué es el hombre y qué es el bien, axiomas que ulteriormente llevan a concebir qué es *ser persona*. El problema de no entender dichos conceptos deriva, según la visión de Spaemann, en una crisis social y en el exaltamiento egoísta del individualismo tal y como se percibe alrededor del mundo en la actualidad. El respeto a la persona y a su naturaleza humana en un sentido ético (es decir, un sentido solidario), permiten una mejor convivencia y un efectivo respeto no sólo a su dignidad sino a su vida misma desde la concepción hasta la muerte. Así, para orientar el debate público, el papel magisterial de la Iglesia sobre la formación de sus fieles debe cobrar un sentido más importante, hacer recobrar los valores que motivan al cristianismo y sobretudo que dichos valores estén presentes en aquellos cristianos que tienen algún encargo político. Por tanto, el papel que juega en el mundo actual el cristianismo debe renovarse y seguir motivado por sus valores fundamentales y tomar una tarea activa en la sociedad.

El séptimo artículo reunido en el libro lleva por título "*Dios, la libertad, la realidad*" (p. 105) y es una interesante entrevista realizada por una radiodifusora alemana a Spaemann, donde el filósofo hace una remembranza autobiográfica singular en la que devela sus influencias y primeras aproximaciones con la filosofía y en gran medida con la teología. Señala cómo la filosofía puede brindar una visión trascendental del sentido del hombre –que se ve nutrida por la teología– y que en la medida que éste sea capaz de conocerla y concebirla puede acercarse más a la felicidad. Cita a numerosos pensadores, desde Platón hasta Nietzsche, para incorporar sus ideas y matizar el concepto que sobre el bien y sobre Dios se han volcado en la modernidad.

Sobre este particular, el octavo artículo recopilado en el libro de Spaemann toca un tema sumamente interesante: "*La demostración de Dios. ¿Por qué si Dios no existe, no podemos pensar en absoluto?*" (p. 125) publicado en el diario alemán *Die Welt*. Comienza puntualizando una verdad: la noción de Dios está presente donde hay hombres. Por ello revitaliza la tarea de la filosofía actual de reflexionar sobre la existencia de Dios y los tópicos derivados de ese postulado tales como Su obra, la fe y la trascendencia del hombre. Spaemann reflexiona que la búsqueda de la existencia de Dios ha motivado en gran medida los debates filosóficos, pero esa búsqueda culmina no en un hallazgo físico, sino que se traduce en una vivencia humana. Gracias a la razón práctica y a la experiencia de la conciencia del hombre es que se puede llegar a aceptar la existencia de un Ser que reúne las categorías absolutas y al compartir esa categoría en el hombre es como éste puede hallar su verdadera felicidad. Así lo reflexiona en el siguiente artículo reunido el libro que se titula "*El doble sentido de la felicidad: tener suerte y ser feliz*" (p. 139) donde define a la felicidad no como un concepto materialista y hedonista, sino como un estado de bienestar bajo un marco ético. Así, la ética, según sostiene Spaemann a lo largo de sus trabajos, debe convertirse en el eje que guíe el diálogo y la fuerza motora de los argumentos que defiendan los derechos fundamentales, como un deber no sólo cristiano sino humano.

Muy interesante resulta el tópico del duodécimo artículo de Spaemann que bajo el nombre "*¿Son todos los hombres humanos?*" (p. 213) plantea abiertamente una defensa filosófica sobre el derecho a la vida de los niños no nacidos y enfatiza una férrea crítica bien fundamentada sobre aquellos postulados y sus teóricos que defienden la práctica del aborto desde la ideología y desde la legislación. No duda en enfrentar intelectualmente esas ideas individualistas de los que defienden la práctica del aborto, para invitar a la reflexión sobre la invalidez sobre dichos argumentos.

Tomando como ejemplo el caso alemán, Spaemann continúa con acertadas explicaciones su crítica a las teorías relativistas de la ética, sobre todo a aquellas que atacan la verdadera libertad personal de decidir conforme a conciencia y fundada en valores, y por el contrario, desconfiar de los postulados que motivan a obrar conforme a presupuestos ideológicos impuestos, tal es el caso de llamamiento que hace al deber de omisión actuar (sobre todo en el caso de los médicos que deben omitir la práctica de abortos), ya que la conciencia ética debe ser más fuerte que las tendencias políticas, por venir aquél de un imperativo ético y no del relativismo convencional establecido, y así lo deja claro en el artículo "*La perversa teoría del fin bueno. Un cálculo corruptor en el fondo del debate sobre el certificado de asesoramiento previo al aborto en Alemania*" (p. 225) en el que señala claras críticas al constante pensamiento relativista ético impe-



rante en la actualidad que entre sus postulados trata de justificar los medios para conseguir los fines, afirmando así Spaemann que el fin bueno no hace bueno al mal medio, esto se resume en el viejo postulado de *el fin no justifica los medios*. En efecto, los medios muchas veces constituyen parte de falaces estrategias que buscan imponer una idea pero que no están apegadas a una verdad, y que aquellos se ven constantemente reflejadas en legislaciones, decisiones judiciales o políticas públicas, pero no en una realidad verídica, por ello asegura el filósofo alemán, que una ‘ética estratégica’ no es una verdadera ética.

También por eso Spaemann se da a la tarea de reflexionar sobre acontecimientos que imperan en el mundo de la bioética contemporánea. En el artículo “*Engendrado, no hecho*” (p. 243) hace certeras reflexiones críticas sobre las nuevas técnicas de manipulación genética, tales como la clonación o la utilización de embriones humanos en tareas de investigación, criticando los argumentos de aquellos políticos, juristas y filósofos que proponen, fomentan y justifican esas vías de investigación dejando de lado el valor de la dignidad de la vida de los seres humanos aún no nacidos. Así, el profesor Spaemann critica severamente el argumento de la viabilidad de decidir sobre la carga genética que los padres desean para sus hijos, pues considera y demuestra que éticamente es inviable la creación de seres humanos por encargo en un laboratorio. Y en cuanto a la clonación de seres humanos bajo el argumento de la investigación para la cura de enfermedades, Spaemann nuevamente se muestra crítico en una interesante entrevista que se incluye con el título “*No existe el derecho a un hijo sano*” (p. 257) y revitaliza con sólidos argumentos la dignidad humana yacente en los embriones sobre los que se pretende experimentar, porque no importa que el fin sea la búsqueda de seres humanos “sanos”, pues no se tiene derecho a decidir desde la comodidad de un laboratorio quién es un ser humano sano y quién no lo es. Insiste pues Spaemann, en sostener que tratándose de esta materia, éticamente el fin nunca justifica a los medios empleados. El profesor Spaemann no está en contra de la bioética como podría suponerse, sino que insiste que la bioética precisamente consiste en la aplicación de instituciones éticas fundamentales a situaciones cada vez más complejas en la investigación científica, y el papel de la filosofía es auxiliar a encontrar dichos mecanismos éticos que sirvan de guía a la ciencia y por supuesto a la legislación, en el desarrollo de sus postulados.

En el último artículo incluido en el libro que comentamos bajo el título “*Alegato a favor del respeto a la vida*” (p. 289) el profesor Spaemann realiza una serie de reflexiones sobre la eutanasia incluso desde una perspectiva histórica, y cuestiona ese “derecho” que se intenta otorgar a las personas de que ellas decidan sobre el final de su vida. Lo importante aquí, en la visión de Spaemann, es rescatar las causas que motivan a la persona a la búsqueda de un suicidio

asistido, la cual muchas veces es motivada no por cuestiones de salud, sino de desesperación psicológica, es decir, el valor ético es tener solidaridad para con esa persona y así paliar un poco esa falta de amor que le llevan a buscar una salida fatal a sus sufrimientos en vida. Spaemann por tanto hace un alegato a favor de la vida y de concepción de la muerte como un paso natural en la vida del hombre, no como una decisión netamente personal; a la muerte finalmente se sucumbe, en cambio la eutanasia activa es matar. Por ello reflexiona el filósofo alemán que si el morir no se entiende como parte del vivir, entonces se abre paso a la cultura de la muerte.

En conclusión, la lectura de las reflexiones de Robert Spaemann compiladas en el libro que comentamos, sirve al lector no sólo para tener una primera aproximación a su pensamiento filosófico, sino para aclarar y fortalecer los tópicos sobre las cuestiones éticas contemporáneas y dar así claves argumentativas serias para enfrentar intelectualmente los embates ideológicos en boga. Así, por la facilidad de comprensión y actualidad de los temas que se debaten, el libro *Ética, política y cristianismo* de Robert Spaemann es un referente interesante de reflexión que resulta de especial interés no sólo a aquellas personas de formación cristiana sino en definitiva, para todo interesado en abordar los temas éticos actuales bajo una visión objetiva.

*Héctor López-Bello*